

EL ORIGEN ASIÁTICO DE LAS ALTAS CULTURAS MESOAMERICANAS SEGÚN KIRCHHOFF

ALFONSO VILLA ROJAS

Las notas que aquí se presentan tuvieron su origen en la lectura del curso dictado por el doctor Paul Kirchhoff en la Universidad Iberoamericana en 1971, es decir, un año antes de morir. El curso estuvo integrado por nueve conferencias que tuvieron como tema central el análisis de varias listas de dioses, del ordenamiento del *tonalpohualli* con sus días, dioses, y ritos; otra con las fiestas del año, meses, días, dioses, sacerdotes y sus dioses; finalmente, una tercera lista mostrando diversas combinaciones, fechas, fiestas, sacerdotes y otras actividades. El fin de todo esto era averiguar por qué se enumeraron dioses, templos, sacerdotes y ritos en cierto orden, el cual resulta similar al que se encuentra en listas procedentes de China y de la India. De este modo se confirmaba la presencia de culturas asiáticas en la formación de lo existente en América.

Tomaron el curso 10 o 12 antropólogos bien conocidos a nivel de doctorado; entre ellos son dignos de mencionarse Pedro Carrasco, Angel Palerm, José Lameiras, Andrés Fábregas, Johanna Broda, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera y algunos más, todos los cuales se mostraron activos en controvertir la tesis del maestro, dando otras alternativas de interpretación. Por buena suerte, el curso fue grabado y, más tarde (1983) editado por Teresa Rojas Rabiela en los Cuadernos de la Casa Chata del CIESAS. La lectura de este libro permite captar no sólo las ideas sobresalientes del autor sino, también, su método de trabajo, su concepto del método científico, su psicología, carácter y cualidades como profesor. Desde luego, en este curso se mostró como profesor excelente, tranquilo, persuasivo y de gran paciencia ante las objeciones de sus alumnos. En cuanto a su actitud científica, tenía algunas fallas, entre ellas la de no aceptar el concepto de objetividad que es tan fundamental en toda investigación; he aquí sus palabras:

Nunca he creído en la llamada objetividad de la ciencia; todos tenemos ideas preconcebidas que a veces cambiamos, que a veces adquiri-

mos a los 25 años, y nos morimos con ellas y yo seguramente soy uno de ellos (*Curso*, p. 72-3).

De ésto, el mismo Kirchhoff da un ejemplo cuando en respuesta a una crítica de Barthel a la ponencia que presentó en el Congreso de Americanistas de 1962 pidiéndole que probara lo que decía, Kirchhoff contestó:

No lo puedo comprobar, simplemente llegué a la conclusión de que así debió haber existido y ¡punto! (p. 3-4).

Debido a esta subjetividad en sus argumentos y a lo muy discutible de su tesis de estar en Asia los orígenes de las culturas maya y teotihuacana, los especialistas en estas zonas lo pasaban por alto o lo criticaban duramente; es así como ni Morley, ni Kidder ni Thompson concordaban con sus ideas; el propio Kirchhoff refiere que, luego de mostrarle sus listas y ordenamientos a Thompson, éste se limitó a decirle:

Pues Paul, tú eres un verdadero alemán, tú no sólo buscas orden, sino hasta encuentras orden donde no existe (p. 19).

Entre los mexicanos tampoco tuvieron eco sus ideas difusionistas y tanto Alfonso Caso, como Wigberto Jiménez Moreno y Pablo Martínez del Río, las rechazaron; Caso, especialmente, hizo una crítica devastadora de ellas en su ponencia al xxxv Congreso Internacional de Americanistas efectuado en México, 1962, con el título de "Relations between the Old and the New World: a Note on Methodology" (1964, p. 55-71). Más adelante volveremos a ella. Cabe añadir que, no obstante haber sido bien querido entre sus estudiantes, ninguno de ellos siguió sus huellas en este sentido. En cambio, sus estudios sobre etnografía de Suramérica y sobre etnohistoria de México fueron siempre de alta calidad y muy apreciados.

Entrando ya en materia, cabe decir que para Kirchhoff nada de los altos logros que se encuentran en Teotihuacan, San Lorenzo o La Venta, resulta inteligible sin influencia llegada de Asia, pero no por accidente de barcos extraviados o de naufragos salvados, sino por viajeros de alto nivel (sacerdotes, nobles, filósofos, etcétera) que buscaban nuevos mundos para implantar su culto y sus conocimientos. A este respecto subraya que difiere de Heine-Geldern (otro de los grandes difusionistas) en el sentido de que mientras "... él habla de influencias, yo hablo de importación; yo digo que todo esto un día fue importado" (p. 21). Poco después añade: "Yo soy uno de los difusio-

nistas extremistas, que piensa que todas las civilizaciones, las altas culturas, comenzaron en Mesopotamia" (*Ibid*). Para concretar su pensamiento nos dice que:

Yo creo que todo ésto llegó a México en dos corrientes totalmente diferentes: una muy, muy antigua, en la cual la India y Java no tienen ningún papel, sino todo es China, y China con una fuente original en Mesopotamia. Y mucho más tarde, algo como mil años más tarde, llega una nueva versión de lo mismo, sea directamente de la India, o más bien de Cambodia o Java... Lo que encontramos aquí es en parte su intento de acomodar dos escuelas, dos versiones de la misma cosa (p. 21-22).

Es posible que estas ideas hubiesen entrado en Kirchoff desde décadas atrás, pues, ya para 1945, las da a conocer en breve artículo, mostrando su convicción de que las cosas debieron haber sucedido como él se había imaginado. El artículo fue luego reproducido con el título de "El problema del origen de la civilización mexicana", como parte de una antología que tiene por nombre *México prehispánico: culturas, deidades y monumentos* (1956, 911 p.). Como se verá, desde entonces ya tenía la idea (que no abandonó nunca) de que las altas culturas de Mesoamérica habían surgido de pronto, sin antecedentes culturales que explicaran su desarrollo. En este respecto, asienta la opinión de que:

Todo esto conduce a una sola conclusión: si los primeros capítulos del surgimiento de la alta cultura americana no se encuentran en este continente, tienen que haber sido escritos en alguna otra parte. Y lo más probable es que se escribieron en una región cercana a las altas culturas del Asia, especialmente del Asia oriental o meridional (p. 100).

Más adelante, poniendo como ejemplo el caso de los mayas, nos dice:

En tanto en el Viejo Mundo el arte de dividir el tiempo sobre la base de la observación sistemática de los cuerpos celestes y de cálculos numéricos complicados fue indudablemente el resultado de las necesidades de una irrigación en grande escala a la que obligaban las inundaciones regulares, y surgió en torno de ella, en el Nuevo Mundo la astronomía, el calendario y las matemáticas de los Mayas, a quienes admiramos debido a sus adelantos tan extraordinarios, a la vez nos confunden a causa de que su existencia tiene lugar en medio de un verdadero vacío cultural. Es difícil, por no decir imposible, para nosotros el comprender qué fines prácticos pudieron tener dentro de su cultura esos conoci-

mientos; y de qué condiciones concretas pudieron surgir... Tenemos que recordar también que todos esos conocimientos de los Mayas respecto al tiempo y al sistema de numeración, aparecen repentinamente como toda la civilización maya. Y puesto que no encuentran sus antecedentes en este continente, deben haber sido importados del exterior, es decir, deben haber venido del Viejo Mundo.

No deja de sorprender que, para Kirchhoff, la civilización maya apareció "repentinamente", sin antecedentes que mostrasen su desarrollo autóctono, no obstante lo que, para entonces, ya venían aclarando los arqueólogos. Así, en lo que toca a calendario y matemáticas, Alfonso Caso, basado en sus trabajos en Monte Albán, iniciados en la década de los treinta, nos informa que:

...un sistema de escritura y un calendario incluyendo el *tonalpohualli* y el año solar estuvieron ya en uso entre los antiguos mesoamericanos por lo menos hacia el año 600 a.C. Este calendario estaba por entonces tan formalizado y tan entrelazado con otros aspectos muy avanzados de la cultura mesoamericana (cerámica, escultura en piedra, jades, pirámides, palacios, etcétera) que debe haber sido el resultado de un largo desarrollo comenzado muchos siglos antes de la era cristiana (1964, p. 63).

El mismo Caso añade que es opinión de los arqueólogos que este horizonte preclásico debe haber comenzado por el año 1 500 a.C. Cita el caso del horizonte llamado Las Charcas, Guatemala, donde se tiene la fecha de 1 200 a.C., mostrando que, por entonces, ya existía un sistema de escritura glífica. Tal horizonte es demasiado temprano para haber recibido el impacto de China.

Por otro lado, Joyce Marcus (1976, p. 35-67) en su bien documentado artículo que lleva por título "The Origin of Mesoamerican Writing," nos presenta todo el proceso desde el formativo temprano (1 500-900 a.C.) hasta la monumental estela 3 de Piedras Negras (711 d.C.) con seis columnas de glifos. De manera que por lo que toca a orígenes ya se cuenta con datos suficientes para desechar la falsa idea de que la cultura maya surgió repentinamente.

No obstante el material acumulado por los arqueólogos, Kirchhoff seguía trabajando arduamente en favor de su hipótesis de juventud y, ya para 1971, cuando dictó el curso que hemos mencionado, sus ideas eran más precisas sobre el modo en que llegaron esos primeros difusores de la cultura asiática; he aquí sus palabras:

Yo me imagino que los barcos que llegaron, y no barcos que simplemente fueron arrastrados por corrientes y por aire, sino que fueron en búsqueda de algo; entre esos, había gente impresionante no sólo por su personalidad, al fin y al cabo se ve un hombre que es un señor y un hombre que simplemente es un trabajador humilde; sino que ellos tenían joyas, tenían riquezas, se podían legítimamente presentar: Nosotros sabemos más que ustedes. Como un sacerdote que va de misionero, va con una cruz y, si es posible no una cruz muy humilde de madera, sino una cruz muy fina con joyas, etcétera. Así me imagino que llegó esta gente, es decir, gente que dio la impresión que podían agregar algo a lo que ya existía.

La versión aquí expuesta nos parece un tanto forzada, por no decir ingenua, pues, aparte de la dificultad del idioma, difícilmente se entrega un pueblo tan sencillamente a invasores desconocidos que llegan con la intención de mandar. Precisamente este conocimiento de técnica administrativa, de saber mandar a los hombres para utilizarlos en las grandes obras de construcción, como pirámides, templos, observatorios y otras más, fue lo que caracterizó a esos grandes mandones que llegaron de China. Solamente así se pudo lograr, según nuestro autor que:

...mucho de lo que apareció en Teotihuacan, es obviamente nuevo y no tiene explicación anterior. Es fantásticamente semejante a China (1983, p. 50).

La misma explicación ofrece para los grandes avances de las ciudades mayas; sobre ellas asienta:

...No entiendo cómo por un desarrollo autóctono pudo haber esa fantástica obra de La Venta o San Lorenzo. Para eso se necesitan mandones, autócratas de gran calidad, que impresionan con eso (p. 54).

Poco después añade de modo categórico:

¿Hubiera sido posible aquí, lo que hubo, sin estímulos desde afuera? Yo digo, ¡No!

Su certidumbre en este sentido era tan sólida que, en el xxxv Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en la ciudad de México en 1962, presentó un trabajo con el título de "The Diffusion of a Great Religious System from India to Mexico", en el que trataba de demostrar que una clasificación calendárica de 28 dioses hindús y sus animales en 12 grupos, subdivididos en cuatro secciones, había sido

llevada de la India al Nuevo Mundo, de acuerdo con un sistema originado primeramente en China. En sus conclusiones asienta:

Una clasificación calendárica de dioses y animales debe haber llegado a México mucho antes de la clasificación específicamente Indú de la cual hemos hablado aquí; de este modo se explicaría su presencia en la cultura Maya Clásica que, según Heine-Geldern y Ekholm, sólo pudo venir de la costa sureste de China.

Nueve años más tarde, en 1971, seguía refinando sus listas clasificatorias que mostraban la evidencia de sus conclusiones, según el curso que dictó en ese año. El tema lo tenía como obsesión y, al preguntarle uno de sus estudiantes cómo había llegado a él, respondió:

...me cayó un día sin que yo lo buscara, pero como fue una cosa que me cayó en contestación a un deseo que tenía desde mis años de estudiante, me cayó bien... comencé a, no sólo a interesarme, sino a creer casi como una fe, en las íntimas relaciones entre las civilizaciones asiáticas y americanas (1983, p. 44).

En cuanto a las refutaciones que solían hacérselle, la más demoleadora fue la de Alfonso Caso en su "Relations between the Old and New Worlds, a Note on Methodology", presentado en 1962 en el mismo Congreso Internacional de Americanistas. Aparte de los datos que ya citamos sobre la antigüedad de la escritura y el calendario, Caso añade la imposibilidad de cruzar el océano en un tiempo en que los chinos todavía no usaban la brújula para navegar. Ésta es mencionada por primera vez en documentos en el siglo IV d.C. y su utilización para navegar en tiempos muy posteriores. En Europa, aunque los efectos del magnetismo eran conocidos desde el siglo V a.C., su empleo en la navegación no se conoció sino hasta el siglo XII d.C. Que los chinos no usaron la brújula para navegar sino muy tardíamente, lo hace saber un viajero budista chino que regresó a China de la India a principios del siglo V d.C., quien dice textualmente: "en el océano no hay manera de distinguir el Este del Oeste; solamente por observar el sol, la luna y las estrellas era posible seguir adelante". Para nada hace mención de la brújula como instrumento de orientación. Como conclusión Caso expresa:

Hasta que sea demostrado que tales viajes fueron posibles, o hasta que objetos mesoamericanos sean encontrados en Asia u objetos asiáticos sean encontrados en Mesoamérica y asociados con las altas cul-

turas mesoamericanas, no podremos considerar como demostrada la conexión entre el Viejo y el Nuevo Mundo en aquellos remotos tiempos en que las altas culturas de este continente están siendo formadas (1964, p. 67).

El lector interesado en estas cuestiones puede consultar con provecho las Actas y Memorias del xxxv Congreso Internacional de Americanistas (1964), que contiene otros trabajos bien ilustrados de autores que se inclinan de uno y otro lado de la controversia. Es de añadirse que, en la actualidad, el interés por ésta ha ido bajando hasta el punto de haber pasado a un tercer término. Como prueba de ésto está el volumen intitulado *The Origins of Maya Civilization*, editado por Richard E. W. Adams, 1977, en el que aparecen los resultados de un Seminario efectuado en Santa Fe (E.E.UU.) en 1974, al que asistieron once de los más destacados arqueólogos especializados en el área maya. De los quince trabajos que se incluyen en el libro ninguno se ocupa, ni tangencialmente, de la influencia que pudo haber tenido el contacto con China o India en tales orígenes. No se necesitó de tal hipótesis para explicar el proceso evolutivo de la cultura maya desde los tiempos remotos del Preclásico Temprano (2 000-1 000 a.C.) hasta el Clásico Tardío (600-900 d.C.). Debe indicarse, sin embargo, que no se alcanzaron conclusiones definitivas o finales, dado que aún quedaron algunos puntos oscuros, pero sin que ello sugiera la intrusión de agentes del Viejo Mundo.

Lo mismo puede decirse de las conclusiones alcanzadas por William T. Sanders y Barbara J. Price en su libro *Mesoamerica: the Evolution of a Civilization* (1968), en el que dedican todo un capítulo, el III, a tratar la controversia entre difusión y evolución; su conclusión básica es la de que:

Mientras más grande es la distancia en tiempo y espacio entre dos grupos, menos probabilidades hay de haber existido difusión entre ellos. En primer lugar está el problema de establecer o mantener contacto sobre grandes distancias con medios primitivos de transporte; en segundo lugar está el que mucho de la cultura de un área no sería necesariamente útil o adaptable a otra. Creemos, por lo tanto, que los arqueólogos están en lo justo al exigir pruebas más concluyentes sobre ello (p. 59-60).

Resumiendo lo antes dicho, puede asentarse que, en la medida que se amplían los materiales arqueológicos y etnohistóricos y se aplican métodos más rigurosos a su análisis, resultan menos sostenibles las hipótesis referentes a los orígenes asiáticos de la cultura mesoamericana.

La creencia de Kirchhoff (y de todos los difusionistas) de haber surgido en un solo punto del Viejo Mundo las bases de toda civilización que luego se expandieron por el resto del planeta, anula toda la capacidad creadora y sentido de originalidad al resto de la humanidad, lo cual se contrapone no sólo a la lógica sino, también, a la abundancia de hechos establecidos. En el curso que dictó en 1971, Kirchhoff expuso su profesión de fe en los términos que siguen:

Yo soy uno de los difusionistas extremistas, que piensa que todas las civilizaciones, las altas culturas comenzaron en Mesopotamia. Y sólo en parte entre los sumerios, mucho más que entre los babilonios; me gustan mucho más los sumerios que los babilonios, pero ellos fueron los grandes exportadores (1983).

En contraste con esta actitud están los reportes procedentes de antropólogos informando de numerosas similitudes que por su distribución geográfica, sólo pueden explicarse como invenciones paralelas. Entre ellas, Sanders y Price (1968, p. 61) citan: los clanes, la couvade, varios tipos de parentesco y términos correspondientes, patrones de matrimonio y otras más. Invenciones todavía más complejas, plenamente comprobadas, ocurridas de modo independiente dos o más veces, son citadas por Ogburn (1966, p. 85-6). El punto a este respecto ha quedado cerrado y ya pocos dudan que no pocas civilizaciones hubieron de surgir independientemente en lugares diversos de la tierra. En lo que toca a los mayas, Norman Hammond en artículo reciente que lleva por título "The Emergence of Maya Civilization" (1986), presenta una síntesis del largo proceso evolutivo que hubo de seguir esa cultura desde sus primeros pasos que se remontan a unos 8 ó 9 milenios antes de nuestra era, hasta su apogeo y decadencia. Por ésto llama la atención que un profesional de los merecimientos y capacidades de Kirchhoff se hubiese mantenido aferrado a una idea a todas luces periclitada.

Como ya dijimos, su empeño por encontrar las pruebas inequívocas de su hipótesis le llevó varias décadas y toneladas de trabajo que, según su confesión, le causaban insomnio de vez en cuando. Nunca publicó un volumen que resumiera sus hallazgos, aunque sí acumuló cerros de notas, papeles, mapas, diagramas y listas, muchas listas, de clasificación de hechos, fechas, dioses, templos, ritos y de cuanto fuese posible clasificar con miras a mostrar un ordenamiento consciente de todo ese material. La riqueza de lo reunido podría dar base para escribir, por lo menos, veinte tesis de maestría y doctorado, según aseguraba a sus estudiantes.

Por otro lado, no deja de ser paradójico que su búsqueda febril de datos con los fines citados, lo hubiese llevado a revisar minuciosamente las fuentes antiguas de la historia de México y lograr aportaciones de primera importancia que realzaron su prestigio como investigador. Es por ello que Jiménez Moreno (1979, p. 25), al narrar los hechos principales de su vida, nos dice:

¿Pero qué importa que no haya dejado obras de centenares de páginas, si las que escribió, sucintamente, aportaron orientaciones decisivas y esclarecieron en muchas ocasiones —como en “Los Pueblos de la Historia Tolteca-Chichimeca”— problemas de ardua clasificación?

No se cita para nada sus trabajos de “difusionista extremista”, como si ello manchara su hoja de servicios; en ese respecto se le hacía poco caso. El mismo Kirchhoff dice:

Hasta la fecha no he encontrado a nadie, fuera de los pobres estudiantes que tienen que hacerme caso porque los voy a examinar, pero fuera de ellos nadie que me haga caso (1983, p. 121).

Para terminar, sólo deseamos añadir que, el lector interesado en conocer más de cerca la personalidad del doctor Kirchhoff, así como sus argumentos en favor del tema que tan sucintamente hemos tocado aquí, sacaría buen provecho leyendo la obra *Paul Kirchhoff: principios estructurales en el México antiguo*, 113 p., 1983, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología, que contiene las conferencias que dictó en su curso de 1971. No fueron leídas sino expresadas de modo espontáneo, conversacional, sin inhibiciones cortantes, lo cual les da una riqueza de matices que, de otro modo, no se hubieran logrado. Es así como nos habla de sus aciertos y frustraciones al decir que:

Lo malo es cuando, uno está sobre una pista, por mucho que uno intente de oponer a cada argumento en favor de lo que uno cree, uno en contra, uno no siempre lo logra. Por eso busca la discusión con otros. Es decir, reconozco que ya desde algún tiempo ando sobre una pista, y creo estar en lo justo, y se me hace cada día más difícil echar todo para afuera, y comenzar de nuevo. Pero eso, obviamente, hay que hacerlo, ¿no? Es decir, un buen investigador no cree en todo lo que él ha encontrado; yo tengo mis momentos buenos y mis momentos malos, malos en el sentido de que digo: ya lo sabes, y así es... ¿y qué? (1983, p. 17).

Más adelante añade sobre sus frecuentes contradicciones que:

...ustedes ya se han dado cuenta en las discusiones, que yo admito cambiar continuamente y decir en un año lo contrario de lo que dije hace tres años (p. 39).

Detalles como éstos que se encuentran con frecuencia al través del texto, nos van mostrando la esencia de su pensamiento y su esfuerzo por ser objetivo. Sin embargo, su fe en el origen asiático de las culturas mesoamericanas no cambio en ¡treinta años!

BIBLIOGRAFÍA

ADAMS, Richard E. W.

1977 *The Origins of Maya civilization*, University of New Mexico Press. Albuquerque.

CASO, Alfonso

1964 "Relations between the Old and New World: a note on methodology", *Memorias del xxxv Congreso Internacional de Americanistas*. México, p. 55-71.

HAMMOND, Norman

1986 *The Emergence of Maya Civilization*, "Scientific American," agosto, 1986, p. 98-112.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto

1979 "Vida y acción de Paul Kirchhoff", en: *Mesoamérica: Homenaje al Dr. Paul Kirchhoff*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, p. 11-25.

KIRCHHOFF, Paul

1956 "El problema del origen de la civilización mexicana", en: *México prehispánico: culturas, deidades y monumentos*, México, p. 99-108.

1964 "The diffusion of a great religious system from India to Mexico," *Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, México, p. 73-97.

1983 "Principios estructurales en el México antiguo". (Reproducción del curso dictado en 1971. Véase ROJAS RABIELA.)

MARCUS, Joyce

1976 "The origins of Mesoamerican Writing," en: *Annual Review of Anthropology*, v. 5, p. 35-67.

OGBURN, William Fielding

1966 *Social change: with respect to cultural and original nature*. A Delta Book, New York.

ROJAS RABIELA, Teresa

1983 *Paul Kirckhoff: principios estructurales en el México Antiguo*.

SANDERS, William T. y Barbara J. Price

1968 *Mesoamerica: the evolution of a civilization*, Random House, New York.

WHITE, Leslie A.

1949 *The Science of Culture*, Grove Press, New York.

